

Los hijos de cartón

El Nacional, 1956-02-21.

– No, no, y lo que quiero es que me le acomode su nariz y me la dejen bien linda a Luisa...

La ancianita ha llegado arrastrando los pies. Tiene 81 años. Los canta con la voz contenta de tener 18. Cuando se llega al tiempo de poner los números al revés entornando los ojos es que se está de regreso. Ella no regresa sola. Tiene "una hermanita" más joven a quien cuidar. Tiene 75 años y está paralítica. Se quedaron las dos solteras y se les fueron muriendo los abuelos, los padres y los tíos. Pero les quedó Luisa, una muñeca de porcelana que tiene 70 años y apenas ahora se le ha venido a romper la nariz. Luisa, con su nariz rota y todo, guarda la misma sonrisa y los mismos ojos azules que les nacieron en un taller de muñecas hace tres cuartos de siglo. Ahora acompaña a las dos hermanas, fiel a su papel de muñeca, en su mundo de frustraciones y de miedos.

La ancianita habla con la precaria insistencia de una gotera:

–El vestido me lo deja tal cual. Y el pelo también. Es sólo la nariz, ¿sabe?... ¡Era lllllínda la nariz de Luisa, no se lo puede imaginar!. Luisa se le cayó anoche a mi hermana; porque está bastante torpe, ¿sabe?. Nos pasamos la noche llorando. Pero son cosas de Dios. ¿Qué se le va a hacer?... Lo que yo le decía a ella: Dios le quitó la nariz, Dios se la volverá a dar... aunque no sé si podrá usted hacerla igualita...

–1–

¿Qué será con el tiempo de estas muñecas que se exhiben recién nacidas durante las Pascuas de diciembre en las vidrieras y los zaguanes de Caracas? ¿Qué será de estas criaturas que despiertan tanto alboroto, tanto afecto y tanta ilusión de madre por venir?

Algunas se romperán. Hasta las muñecas mueren.

Porque las muñecas son para mecerlas en la cunita, para contarles cuentos en el regazo y sentirlas calientes y darles de comer y lavarles la cara, mudarles de ropa, cambiarles los pañales, peinarles el cabello, besarlas con la boca llena de chocolate. Y, claro, se estropean un poco. O se estropean bastante. Le cuelgan los cabellos lacios, le cae feo el vestido y hasta a veces le cuelga un brazo o una pierna. Algunas muñecas mueren así: a puro estrujón.

Pero las muñecas se pueden sanar. Se les cose un roto, se les amarra una pierna, se les pega el cabello con un poco de goma, y lo demás es cosa de cariño y de ceguera afectuosa por los que se quiere, que una muñeca así no se cambia por ninguna otra, aunque tenga el peinado bonito y la ropa nueva.

-2-

Hay una clínica de muñecas en Caracas. Alguien se ocupa de estas operaciones sin sangre. La casa misma parece de juguete. Al lado hay un modesto taller. Y pegada al tallercito, una casita con la fachada apuntalada, para que no se caiga antes de dar la señal. En cuanto se derrumbe, se caen las otras dos. Nacieron juntas y morirán así. Son humildes casitas de tierra que estorban a la nueva avenida. Las casa y las calles se comportan a veces como las personas.

Las muñecas no son así. En esta pequeña pieza de juguetes viven 253 muñecas. No se pelean nunca. Alguien las cuida, las compone, las viste y sale con ellas a pasear. No se que vaya tras ella, en rebaño de muñecas, porque interrumpirían el tráfico. Pero ella las lleva en su afecto donde quiera que va.

Las muñecas no están amontonadas, a pesar de lo reducido de la pieza. Tiene cada una su puestico en la pared, de donde pueden saludarse todas las mañanas. Están de paredes cubiertas y de muñecas, con su nombre y su número, para que al ser reparadas regresen cada cual a su casa, sin extraviarse. Las hay que están sin brazos, sin piernas y hasta sin cabeza. A algunas les falta un ojo, o la nariz o el pelo. La mayoría son blancas. Hay alguna que otra trigüeñita, y un negrito muy sortario: Tanay.

Estas muñecas son todas de buena familia. Quiero decir que acaso no serán de gente con plata ni con títulos pero pertenecen a personas de buenos sentimientos que les han dado un nombre.

A las muñecas se les bautiza. A veces se cumple la ceremonia cuando están nuevas. Otras veces ya cuando la muñeca ha cumplido algunos años. Los dueños de las muñecas editan unas tarjetas de bautizo, las distribuyen entre sus amistades, nombran padrinos y la fiesta de bautizo de la muñeca adquiere todo el fervor del solemne acto de cristianar. Por eso que cuando se registran los ingresos en esta clínica de muñecas se apunta: Luisa, para el 16 de enero; Juan, para el 5 de enero. Las fechas son de entrega. Aunque se reparan de 10 a 12 estropicios leves al día, llagan otras tantas o a veces más. Algunos quieren su muñeca arreglada para "el cañonazo". Otras veces hay razones sentimentales que fijan fechas que no tienen significación en el almanaque, pero dicen un montón de cosas a la gente.

Esta de muñecas no es una clínica cara. Arreglar un brazo cuesta 3 bolívares, una pierna 2. Un brazo nuevo 5, una pierna 7. Se coloca un par de ojos azules preciosos por 7 bolívares. Depende de la longitud del cabello que le quiera acomodar a la muñeca, el precio de un cabello nuevo va desde 8 hasta 25 bolívares. Una nariz nueva cuesta más de 15.

- ¿Y con qué se fabrican esas narices, esos brazos esos ojos que después miran tan dulcemente a los niños?

Los ojos son generalmente de vidrio. Cuando se abren y se cierran ya es un poco más complicado... Son complicaciones de alambre, desde luego, y un balancín de plomo que siempre busca estar abajo, como buen plomo que es. Los brazos y las narices se hacen de yeso y azúcar. El azúcar, además de endulzar, da mayor cohesión a la mezcla.

Las reparaciones se pintan después al duco. Se puede dar a la muñeca la tez que se desee. Rosadita, blanca, morena o negra, La mayoría de las niñas piden color rosado. Las

personas mayores, excepto algunas de gusto rosado, se conforman con el color que tienen sus recuerdos.

Los materiales de que están hechas originalmente las muñecas depende del país de su origen. Las muñecas italianas tienen la carne hecha de una pasta de yeso con aserrín. Las españolas son de cartón. Las japonesas son de goma y de celuloide. Estas son las nacionalidades originales de las muñecas que llegan a Venezuela. Después se adaptan al trópico muy bien. Las que se estropean antes son las de celuloide. Las que resisten mejor el calor, las de cartón.

– ¿De dónde llegan las muñecas estropeadas?

– De todas partes de Venezuela. Mayormente de Caracas, claro; pero me llegan en avión desde Margarita, Barquisimeto, Barcelona. Hasta llegan muñecas para reparaciones desde Ciudad Trujillo. De aquí me llegó hace poco una muñeca de china en cien pedazos.

El color de ojos que es más frecuente en las muñecas es el azul. Es como un color tipo. Les nacen así en todas partes. El del cabello, excepto algunas vestidas de andaluzas que lo tienen como el hollín, es rubio. El vestido es generalmente de tipo latino y principalmente de faldas amplias y cintura ceñida.

Los nombres más frecuentes son Pedro, José, Antonio y Luis. Los hay de más cerca del Lago: Argemenón, Penicilino, Aristbulo, y uno acabadito de nacer: Telesférico. Algunos los cambian de mujer a hombre, aunque hay más cambios de hombre a mujer. Bastan con cambiarles el pelo y acomodarles sus ropas, a lo Jorgensen. Otros insisten en dejar los muñecos con sus cadenas de oro monísimas, sus cabellos engomados, sus ojos con sombras de duda de si serán del bello o del feo, sin que sean de ninguno de los dos.

-3-

Sí vienen. De estos neutros vienen muchos a reparar sus muñecos. Son los mejores pagadores del negocio. Cuidan mucho de que la ropa le caiga bien ceñidita, tenga el cabello impecable y la carita son rosada. Pasan por el negocio con frecuencia y hacen detalladas recomendaciones de trabajo. Hay uno que trajo un muñeco de trencitas y cadena de oro vestido de muchachito con traje marrón y blanco; refirió que Luli le había acompañado en un viaje alrededor del mundo.

También es asidua la clicata que vive de clientes. Entregan los hijos de cartón con el cariño que podrían dejar los de carne suya a la tención del médico. Y madres solas que lloran a su hijo muerto, viejitos que sólo conservan de su compañera una muñeca que ella guardaba de cuando era niña.

-4-

Hay una señora sola de unos 60 años, que hace el aseo de una clínica de la capital, que ha venido en estos días a reparar una muñeca que tiene colocada en una urnita con

corona y un letrero que dice: "Antonieta de mi vida", en recuerdo de una hijita que se le murió hace 30 años.

Otra de casi 80, Anita, que continúa haciendo la limpieza en un colegio, dejó una muñeca chiquitica llamada también Anita, que la guarda en recuerdo de una hijita que ella hubiera querido tener con un profesor del que estaba enamorada, pero que nunca le hizo caso. Necesita a su Anita arregladita y "con permanente" para el aniversario del bautizo de su muñeca hace 30 o 40 años.

Hay un señor de 45 años que trajo con ojos llorosos una muñeca que le dejó su esposa al morir hace ocho meses. Y otro viudo de más o menos la misma edad que necesita que reparen la suya para el 30 de diciembre, aniversario de la muerte de su esposa, para llevarla al cementerio. Otra anciana que viene a tocar todos los días la carita de su muñeca en reparación que le recuerda la de una nietecita que se murió. Hay otra señora que tiene tres muñecas que tienen que ir con vestidos nuevos, pero todos igualitos, porque son los que le queda de tres hijas que se le murieron chiquitas. Hay el cajero de un Banco que trajo el muñeco de una vieja tía que lo guardaba todo roto en recuerdo de un hijo que quiso tener, y lo necesita para la víspera de Reyes, acaso para colocarle en la noche algún regalo cerca de la ventana. Está Alejandrito, de liqui-liqui, apuestico y sonriente con su mirada ingenua de ojos azules, como quería verlo su esposa, una viuda que ya pasa de los 60. Y paco, un muñeco todo roto, con la cabeza agujereada, que trajo la esposa de alguien importante, porque fue su compañero de toda su infancia. Un viejito de 70 años que trajo a Cleotilde para que la vistiese de bailarina, no sé en recuerdo de qué aventura sentimental. Está Tanay, el negrito que ha dado tanta suerte a su dueña que "no la vendería por 5000 bolívares".

No todas son intenciones sentimentales bondadosas o afectuosas. Los hay que vuelcan su odio por alguien a través de un muñeco. Como el de una mujer que trajo hace días uno que se había partido por la cintura de tenerlo guindado de cabeza abajo, personificando al marido que la dejó; lo trajo a reparar para volver a colgarlo de los pies.

-5-

Y hay el niño, claro. Mucho niño joven también trayendo pedazos de muñeca rota. Padres que quieren reparar muñecas viejas para sus hijitos porque no tienen para comprar nuevas.

Pero aún la ancianita de 80 años que quiere que le pongan la nariz nueva a Luisa vive enternecedora la poesía que despierta una muñeca en la infancia, aunque sea un torpe bulto de trapo con ojos y nariz pintados a mano.